

EL COMERCIO.

Año XXXV.

Martes 24 de Julio de 1877.

Núm. 12,268.

CADIZ 24 DE JULIO.

Nos unimos con mucho gusto á nuestro apreciable colega el *Diario de Cádiz* para aplaudir los esfuerzos que hace estos dias un periódico de reputación justamente adquirida, con objeto de desmascarar á los políticos de oficio y á sus auxiliares inconscientes los egoístas que abandonan por sistema el terreno de la política dejando que lo esploten á su satisfacción unos cuantos ambiciosos.

Tiene razón *La Epoca*, que es el periódico á quien aludimos: aquí las agrupaciones y los partidos se malean con mucha frecuencia, por la desidia indisculpable de las personas que, no viviendo ni aspirando á vivir del presupuesto y teniendo un interés real y positivo en que el país se halle bien gobernado y bien administrado, dejan, sin embargo, el campo libre á toda esa multitud de «médicos sin clientela, abogados sin pleitos, gentes sin oficio, escritores sin nombre y sin preparación, empleados cesantes, artistas sin trabajo y otros que buscan en la respetabilidad de un grupo la que aislados no tendrían:» que se unen por lazos puramente materiales, y que no contando apenas con número suficiente para formar un juego de ministros y altos funcionarios, constituyen, sin embargo, un partido «que completan los caciques de localidad y desvian del trabajo á hombres á quienes la propia ambición no hubiera arrancado del taller para arrojarnos atontados en las oficinas.»

Es necesario, en efecto, protestar un día y otro día contra la influencia de esos elementos perturbadores de toda política seria y levantada, para que, como dice *La Epoca*, cuando un hombre de Estado sube al ministerio, en vez de verse oprimido por las imposiciones de las únicas fuerzas activas en que hoy se apoyan los gobiernos, se apoye en la opinión impersonal de la gran colectividad que represente, y los ministros y los altos funcionarios salgan de las notabilidades legítimas del país en la administración, en la cátedra, en el libro, en la alta banca, en las industrias, en la propiedad, y en todos los ramos de la actividad y del saber, constituyendo una administración inteligente y respetada:

«No sucedería entonces (añade *La Epoca*) el caso frecuente y desconsolador de que los funcionarios beneméritos á quienes un arreglo deja sin destino; los hombres que gastando su vida en el estudio ven asaltadas las posiciones que requieren los conocimientos especiales que poseen, por intrigantes afortunados; el militar postergado, y los que siguen la senda de la rectitud y del trabajo, clamen desesperados al ver que es recompensa de sus méritos el abandono y la desgracia:—¡Oh! Si hubiéramos agitado el país en los clubs, en la prensa clandestina, en los moines y en las intrigas electorales, cuánto hubiéramos prosperado!—Pues bien; de estas usurpaciones al mérito y á los servicios reales al Estado y á la cultura nacional son responsables los políticos de oficio.»

Comprendemos la satisfacción con que el *Diario de Cádiz* ha visto consignada esa serie de salvadoras verdades en un periódico que con tanta razón pasa por uno de los mas sesudos y razonables de España. Nosotros participamos también de la satisfacción de nuestro colega, y nos asociamos á *La Epoca* para llamar contra los políticos de oficio y contra los que tienen la culpa de que los políticos de oficio alcancen de vez en cuando una influencia que nunca

debieran tener.

Para completar, pues, el resumen que nos ha dado el *Diario de Cádiz*, del trabajo de *La Epoca*, vamos á copiar la segunda parte de él, que es un artículo publicado por la misma *Epoca* en su número del día 20 y en el cual está retratada de mano maestra la familia de los indiferentes y de los descreídos en política.

El artículo es digno del periódico que con tanta razón pasa por uno de los mas sesudos y razonables de España. Dice así:

«Si los declamadores y los políticos de oficio han hecho mucho daño, preciso es convenir en que no han podido tomar importancia y tener trascendental influencia en los asuntos públicos, sin la apatía de una gran parte del país; de esas personas que tienen á gala no mezclarse para nada en la política, nuevos Pilatos, que juzgan cumplir con su conciencia lavándose las manos y dejando que rueden los sucesos.

Los indiferentes practican el sistema del retraimiento perpetuo: se alaban de no haber votado nunca, de no haber contribuido á que las Cámaras sean la representación de sus intereses, y se quejan de que los presupuestos no armonizan con ellos: cualquier cambio les seduce, creyéndolo una mejora, pero no contribuyen á que se mejore realmente: murmuran, pero no obran ni aconsejan: todo lo soportan, pero de todo protestan en la intimidad, y habiendo renunciado á toda intervención en los negocios del Estado, estrañan que estos sean resueltos por los políticos de oficio, que en medio de todo, por funestos que sean, llenan un servicio público; el de pensar por un país que no discurriré, y servir de cabeza á un pueblo acéfalo.

Ni el sistema de gobierno autoritario y personal es posible, cuando la mayoría de los ciudadanos, convertida en masa inerte, niega á la autoridad su cooperación, y se cruza de brazos, viéndose impasible la felicidad ó la desventura de la patria. Pero el absurdo es aun mas deplorable y produce una responsabilidad histórica mas directa para los pueblos regidos por instituciones representativas: en los gobiernos absolutos, la indiferencia es falta de patriotismo; en los constitucionales, á mas de anti patriótica, es una imperdonable abdicación.

En vano alegarán en su defensa los indiferentes las frases «coacción oficial ó imposibilidad de hacer el bien:» no hay tiranía, no hay poder cuya fuerza se imponga á la mayoría de un país cuando esta rechaza la imposición varonilmente; no hay medio de falsificar una elección cuando en el cuerpo electoral hay intención de que no se falsifique; donde los poderes son falsificados, los pueblos son sus cómplices, porque sin su dejadez ó voluntad no habría medio de que el poder mas insensato cubriese en un día dado de agentes é instrumentos de su tiranía el país. La responsabilidad de los malos gobiernos reside principalmente en la nación.

En tiempos muy lejanos los indiferentes dejaron que los moros se apoderasen de España despues de la batalla de Guadalete, y costó siete siglos reparar aquella indiferencia. ¡Aplaudieron la entrada de Muza en las grandes poblaciones! Puede suponerse, sin calumniar á los mozarabes, pues estos, como los indiferentes de todos tiempos, aplaudirían aquel cambio como protesta de lo que se fué, no para apoyar á lo que vino: ni aun los aplausos de los indiferentes tienen valor como no sea negativo. Sin documento histórico que lo afirme pueden testificarse los aplausos, pues así como en todos tiempos hay mozarabes, es condición de los indiferentes á cada cambio aplaudir al moro Muza.

Los indiferentes modernos, que, con auxilio del telégrafo y de la prensa, se hallan enterados de los negocios públicos dentro y fuera del país, tienen menos disculpa que los antiguos, á quienes las catástrofes y los actos de fuerza sorpre-

dian descuidados: los de hoy no pecan de ignorancia, sino de falta de deseo. La facilidad con que la vida moderna pone á su alcance los elementos de que dispone para su comodidad, aumenta su molición y abandono. Quieren que los gobiernos administren á su gusto, sin intervenir para nada en la formación de esos gobiernos; nos hacen el mismo efecto que un hombre estravagante que, teniendo en su mesa las cartas que escribía sin echarlas nunca en el buzón, se quejaba del servicio de correos, y que trocaba contra la Dirección del ramo cuando las cartas que recibía no contenían noticias agradables.

No hay indiferentes en absoluto. á decir verdad: cada vez que por la incuria pública y el consentimiento tácito del país se han acumulado cargas sobre este en cambios ruinosos y violentos, si al regularizar la administración es indispensable imponer nuevas tributaciones, los indiferentes dejan su apatía, alzan un formidable clamoreo y se oponen al tributo, enseñando con una mano el puño y presentando con la otra los cupones de la deuda para exigir el pago íntegro; la sorpresa de que el recaudador de contribuciones los juzgue ciudadanos activos que deben soportar las cargas públicas y la ansiedad con que reclaman del Estado las cantidades que se les adeudan, forman un singular contraste.

Por lo demás, se puede ser indiferente y contribuir, mediante exorbitantes intereses, á socorrer alguna vez al Tesoro en sus apuros: no obsta el alejamiento y el desden por la política para solicitar, siempre particularmente, la colocación de sus parientes y allegados; y hasta deja de ser acto político el votar, teniendo buen cuidado de usar el derecho electoral alternativa é imparcialmente á favor de todos los partidos, según los compromisos de amistad, de familia ó de intereses puramente privados, no políticos. Y es claro: no ha de estrañarse que le suba la contribución, que se quiera hacer constar en su verdadero valor sus propiedades para la derrama de los impuestos y que se juzguen conforme á las leyes en cuya formación no ha tenido parte, sus expedientes y sus pleitos? ¿No ha de estrañar que los carlistas quemen una de sus fincas, que los cantonales se repartan la otra, que los radicales permitan que su hija se case con un cura y los constitucionales envíen á las Marianas á un sobrino revoltoso? ¿No ha de estrañar el hombre pacífico que no ha hecho mal á nadie y ha aplaudido á todos, murmurando de todos únicamente en el círculo particular de sus relaciones, y siempre protestando de que no se mezcla en la política?

Los indiferentes son de muchos géneros, los hay en todas las clases sociales, desde las mas elevadas hasta la del humilde artesano, que pudiendo educar gratis á su hijo haciendo de él un ciudadano útil, prefiere por desidia que se eduque en medio de las plazas, acostumbándose á la ociosidad y la vagancia. Si escribiéramos un artículo de costumbres, y en la política hay asuntos muy hondos por cierto que tratar, nos detendríamos en interesantes y á la vez dolorosos pormenores. Los mas culpables de todos los indiferentes son los mas pudientes é ilustrados, porque la ignorancia de los otros, si no les absuelve, á lo menos les disculpa.

¿Qué pretendéis? preguntarán acaso alarmados, creyendo que deseáramos verlos correr de la tribuna del Congreso á los círculos políticos como un periodista noticiero. —No queremos que toméis insolaciones, ni os esponáis á pulmonías, ni interrumpáis la digestión con ejercicios violentos ó profundas cavilaciones acerca de los asuntos públicos. Continúa en vuestras pacíficas costumbres; solo os suplicamos, si queréis que haya país, sistema representativo, gobiernos de vuestro agrado, opinión pública y patria: si queréis no ser juguete permanente de los agitadores de frac, de sotana, de paletot, de chaqueta y sin chaqueta, que cada vez que la ley os llame á ejercer el derecho electoral calculeis que estais ejerciendo un acto del cual depende la prosperidad ó la desgracia del Estado, y que en vez de negar un voto im-

parcial y honrado, según vuestra conciencia, al país, que cuando lo pide es porque lo necesita seriamente, no penseis en mezquinos intereses, sino en el porvenir de la nación de que formais parte integrante, y sin dejaros imponer por las intrigas ni seducir por declamaciones, deis el voto que os dicte la razón, el amor á la patria y la conciencia. Una vez al año ó mas de tarde en tarde que os ocupéis de política, que os concertéis, que alleguéis las voluntades de los hombres bien intencionados, no es un trabajo excesivo. Reflexionad que ante la ley y ante la historia ha de ser obra vuestra lo que de toda elección resulta; procurad que lo sea en realidad, aunque lo es siempre en efecto, porque viene á ser lo mismo cometer una falta que no impedir que se cometa, teniendo como tenéis medios y obligación é interés en evitarlo.

Hoy por hoy debemos acusaros ante la opinión y ante la patria de ser sus mas implacables enemigos: nos causais el efecto de un mal hijo, que vé á su madre en la miseria y la desgracia, y pudiendo fácilmente, se niega perezosa y cruelmente á aliviarla y socorrerla.»

Hé aquí los partes oficiales recibidos el día 21 en Madrid acerca del viaje regio:

«Gijón 21, 1'45 tarde.—S. M. el rey y S. A. R. acaban de partir con dirección á Covadonga por el ferro-carril de Langreo. Desde su salida de palacio hasta su entrada en la estación han sido constantemente vitoreados con el mayor entusiasmo. Las calles del tránsito se hallaban vistosamente engalanadas y cubiertas de gente que acudia ansiosa de ver á los augustos viajeros. A la entrada de la estación esperaban á S. M. y A. R. las autoridades civiles, militares, y la corporación municipal acompañada de muchas personas notables de la población. Desde la entrada de S. M. y A. R. hasta la marcha del tren se oyó una constante y entusiasta aclamación.

«Idem 21, 2'20 tarde.—En este momento, que es la una de la tarde, S. M. y A. R. acompañados de los ministros, autoridades y muchas personas distinguidas de la provincia, salen por el ferro-carril de Langreo para Covadonga, habiendo despedido á la régia comitiva en la estación el Ayuntamiento.

El recibimiento que anoche hizo á S. M. y A. R. la ciudad de Oviedo estubo por lo magnífico y entusiasta á toda ponderación. Las reales personas recorrieron á pie casi toda la ciudad para ver sus preciosas iluminaciones, y habiendo S. M. despedido la escolta, fué por todas partes aclamado y seguido de un numeroso pueblo, que en algunos momentos hacia imposible el tránsito de la comitiva. El espectáculo que ofrecía el campo de San Francisco, completamente iluminado á la venciána y ocupado por un inmenso gentío, era deslumbrador, y aquí, como en todas partes, el entusiasmo del pueblo rayó en un verdadero delirio.»

El nuevo sistema de franqueo de la correspondencia pública está dando lugar á muchas dudas y muchos enterpecimientos, porque el público no tiene obligación de saber que los sellos azules están intervenidos por la empresa del timbre, y los de guerra de 10 y 5 céntimos esclusivamente del Estado. En cada carta debe ponerse:

- 1.º Un sello azul de 10 céntimos.
- 2.º Uno de guerra de 10 id.
- 3.º Otro de guerra de 5 id.

Total . . . 25

siempre que el peso de la carta no esceda ó llegue á 15 gramos.

El procedimiento es fatigoso y para gentes sencillas intolerable. Como dice un apreciable colega de Madrid, el público no debe sufrir la culpa de que las rentas se hallen intervenidas ó arrendadas; al público debe exigírsele el pago

